

TOLEDANOS ILUSTRES EN LA ORDEN DEL CISTER DESDE EL S. XV

Por *Fr. M.^a Damián Yáñez Neira.*

FRAY BAUTISTA DE OCAÑA

Desconocemos la mayor parte de los datos de este gran personaje, pero los que sabemos son más que suficientes para acreditarle como merecedor de un puesto de honor entre los monjes toledanos. Natural de Ocaña, a juzgar por los cargos desempeñados en el Cister, podemos colocar su nacimiento hacia 1410, pues habiendo ingresado en el monasterio de Valbuena (Valladolid), hacia 1488 fue elevado a la dignidad abacial, y antes de esa fecha había sido procurador y prior del monasterio. Esto quiere decir que le tocó convivir con Martín de Vargas, el ilustre reformador de la Orden en España, fundador de Montesión, que sucumbía víctima de una tenaz persecución el 2 de junio de 1446.

Es posible que conociera también los días amargos, en que su casa de Valbuena se vio enfrascada en una contienda increíble entre personas consagradas. Su abad, fray Juan de Medina, fue arrojado vilmente de su sede por un intruso, Fernando de Benavente o de Santa Colomba. Cerciorado el rey de lo ocurrido, llamó a fray Martín de Vargas, quien tomó posesión de la abadía. La comunidad tuvo que dispersarse, repartiéndose algunos monjes disconformes, por diversos monasterios, quedando sólo en Valbuena los que estaban sedientos de observancia, unidos a los que de Montesión había llevado Martín de Vargas para establecer allí la reforma.

Siguiéronse unos años de continuas incidencias. Fray Fernando de Benavente no cesaba un punto de pretender recobrar su abadía. Recurrió a Roma, no le hicieron caso, porque Vargas había logrado antes la confirmación de su nombramiento. Entonces cambió de táctica, recurrió a las altas jerarquías de Cister y aquí se le escuchó más de lo que merecía un abad intruso que había arrojado por la fuerza de Valbuena al propio pastor, fray Juan de Medina. Todos estos acontecimientos no podrían por menos de hacer desagradable para los monjes la paz monástica, tan ajena a estas contiendas.

Fray Bautista de Ocaña debió mantenerse siempre al lado de la

razón y de aquellos superiores que en nombre de Dios gobernaban la casa. Por eso mereció ser distinguido con el nombramiento para el desempeño de cargos de la máxima responsabilidad en una comunidad, primero procurador o cillerero; luego prior, la segunda autoridad de la casa. No nos consta si desempeñó este segundo cometido en tiempo del propio fundador. En caso afirmativo, supone unos méritos incalculables en el sujeto por cuanto tenía que presidir virtualmente la comunidad de Valbuena, ya que Martín de Vargas se veía acometido por todas partes y no le dejaron en paz hasta verle hundido en el sepulcro.

Históricamente no comienza a sonar el nombre de nuestro personaje hasta 1453, en que se dice que ocupaba la sede abacial de Valbuena, a la vez que fray Martín de Montalvo ocupaba por primera vez la de reformador de la Congregación. El motivo, una notificación que Juan II hacía a fray Bautista de Ocaña, por medio de un escudero, haciéndole partícipe del nacimiento del príncipe Alfonso, el 7 de diciembre de 1453, en la ciudad de Tordesillas: «El abad [fray Bautista de Ocaña] dio de albricias al escudero 300 maravedíes, como consta de las cuentas deste año, de donde se ve la estima que el dho Rey siempre hizo de esta casa y de los Religiosos della.»

Continuó muchos años siendo abad de Valbuena, interesándose siempre en la ampliación del patrimonio del monasterio, y más aún en mantener incólume la observancia. Su competencia en los negocios, la popularidad de que gozaba en la corte y sus dotes de gobierno hicieron que los monjes pusieran en él los ojos y le llamaran a presidir los destinos de la Congregación, todavía incipiente. Años difíciles que no terminaban de aclararse. Solamente pertenecían a ella dos monasterios; pero ya se notaba un movimiento inquietante en la mayoría de los demás, cuyos monjes no se avenían a continuar por más tiempo de espaldas a las observancias profesadas.

No se sabe la fecha exacta de su elección, pues en los primeros años de la Congregación hubo no poca negligencia en poner por escrito los principales acontecimientos. Se supone fue en 1467, pues existen documentos de 1468 en los cuales figura su nombre como representante de la nueva observancia.

Un historiador de Valbuena escribe: «Hallase reformador en un concierto que este mon.^o hizo con la villa de Olibares por los años de 1468, y en una bisita en el año de 1470 y ay tantas memorias de este Reformador en este mon.^o de Valbuena, que no tendré necesidad de multiplicar escrituras. Fue uno de los Prelados más bienechor que este monast.^o ha tenido por haber sido en el muchos años abad y antecedentemente haber tenido el off.^o de Prior, Zillerero y otros officios inferiores en los quales trabajó tanto escribiendo de su mano los

privilegios, definiciones y otras cosas antiguas con que se ha tenido muy grande ayuda de costa para poder acer este trabajo.»

Fray Angel Manrique, que señala su elección en 1468, hace de él un gran elogio al considerarle varón prudente y uno de los más sabios de su tiempo, pasando luego a destacar las actividades más salientes de su gobierno. En 1469 se dieron los primeros pasos para anexionar a la observancia la abadía de Huerta, aprovechando la ocasión en que don Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra —que la tenía desde hacía poco en encomienda—, renunció a ella y los monjes mostraron deseos de adherirse a una observancia más rígida. Acompañado fray Bautista de Ocaña del abad de Valbuena, fray Pedro de Pinel, se personaron en Huerta, pero no obtuvieron favorable resultado, porque no había llegado aún la hora de Dios: se metió por medio fray García de León, que en pago de sus servicios al Papa obtuvo en recompensa la abadía en encomienda. No obstante, los monjes se mostraron partidarios de la unión a la observancia española, llevada a cabo en vida de su sucesor en la abadía de Huerta, fray Alvaro López de León.

Otro acontecimiento de distinta índole se desarrolló durante su gobierno, cual fue el traslado en 1471 de los restos mortales de San Raimundo de Fitero, fundador de la Orden de Calatrava, depositado en la aldea de Ciruelos.

Don Luis Núñez de Toledo, arcediano de Madrid, habiendo edificado a su costa en Montesión una capilla en honra de la Visitación de Nuestra Señora, entre el altar mayor y el coro de los monjes, deseando enriquecerla debidamente, recurrió a Paulo II exponiéndole la situación de aquellos restos venerandos, enterrados en la iglesia parroquial de la aldea de Ciruelos, de pocos habitantes: «El dho arcediano porque estubiese en lugar más honrrado deseaua darle sepultura en una capilla que abía edificado a su costa en la iglesia y monasterio de San Bernardo, extramuros de la dha ciudad de Toledo, y así pidió licencia para trasladar el dho cuerpo y huesos a su capilla, y el papa se la concedió con tal que no se honrre ni tengan en veneración de santo sin authority de la yglesia Romana. Dio esta bulla el papa año de la encarnación de 1468, a dieciocho de marzo.»

Don García López, asistente de Toledo, vista la bula y autorización otorgada por el arzobispo don Alonso Carrillo, ordenó al concejo de Ciruelos «so pena de diez mil maravedís para el Rey y dos mil maravedís para dicho Juez», que dejasen exhumar los referidos restos de San Raimundo y conducirle a Montesión. Era el 5 de septiembre de 1471.

Asistieron a la exhumación el bachiller Juan Pérez de Triviño, vicario general del arzobispado, y Francisco González, cura de Ciruelos.

Asimismo, fray Bernardo de Madrid, abad de Montesión; fray Benito, cillerero; fray Lorenzo y fray Valeriano y fray Pacífico, monjes del mismo monasterio; García de Cogolludo, mayordomo de la casa.

Presentada la documentación de Roma, del Arzobispado y de la autoridad civil, el «dho cura comenzó a cavar con un azadón y el dho abad con otro y hallaron el cuerpo en un ataud de tabla de alamo negro y dentro un cáliz de plomo y así se entregó el cuerpo a los religiosos y ellos le truxeron a sepultar debaxo del altar de la dha capilla en un cofre encerado». Posteriormente, fray Marcos de Villalba, abad de Fitero y profeso de Montesión, le colocó en la pared del altar mayor, al lado de la Epístola.

Pero la labor más destacada de fray Bautista de Ocaña quizá sea oculta: el afán incansable por unir entre sí los ánimos de los monjes, estableciendo una paz que hacía muchos años no habían conocido. Así lo dan a entender aquellas palabras de Manrique: «Verum praecipua sub Baptista laus, animorum unio et pax quae filios sibi, atque etiam inter se, tum et se ipsum eisdem ingerebat.»

Dejaba el terreno preparado para que sus sucesores recogieran abundante fruto. No tardarían muchos años en que las abadías pidieran la unión a la Congregación fundada por Martín de Vargas, porque veían en ella un signo manifiesto de pader resurgir del caos en que se veían envueltas desde hacía muchos años.

Todavía fray Bautista de Ocaña prestó otro señalado servicio a la Orden. «En 1478, don Fernando obtuvo facultad del Papa Sixto IV para que el arzobispo de Granada visitase los monasterios cistercienses españoles. Facultad que el rey hizo subdelegar en manos del reformador de la Observancia fray Juan de Cifuentes y en fray Bautista de Ocaña, que anteriormente había ejercido también este cargo. Larga, laboriosa y no menos eficaz fue la visita, pues habiendo sembrado con profusión la semilla de la santa reforma, prepararon el camino para que los reformadores sucesivos recogiesen copiosos frutos.»

BIBLIOGRAFIA.—A. MANRIQUE: *Anales cistercienses*, IV, 599-600. *Manuscripto 16.621* del AHN, fol. 28 y ss.

E. MARTÍN: *Los bernardos españoles*, Palencia, 1953, 27, «Rev. Cistercium», VI (1964), 128.

FRAY DIEGO DE FRÍAS

Muy incompletos son también los datos que podemos ofrecer de este hijo ilustre de Ocaña, nacido en la primera mitad del siglo xv y monje del monasterio de Valbuena (Valladolid). Nada sabemos de su vida privada de monje, sino sólo le vemos ser honrado con la suprema dignidad de reformador de la Congregación de Castilla en 1480, lo que supone en el sujeto unos méritos superiores a los normales. Cinco años debió permanecer al frente de la citada congregación; años difíciles, porque todavía se hallaba en período de consolidación. En ellos tuvo la suerte de recoger los primeros frutos sembrados entre indecibles sacrificios los años anteriores por el reformador fray Juan de Cifuentes y por otro hijo ilustre de Ocaña, fray Juan Bautista de Ocaña, abad de Valbuena, quienes recorrieron la mayoría de los monasterios en nombre de fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, comisionado por los Reyes Católicos para sembrar la buena semilla de la reforma en el pecho de los monjes.

A poco de ser sublimado al mando supremo de la Congregación, fray Diego de Frías «comenzó a romper lanzas por la casa más flaca que se ha agregado a la observancia, Sotos Albos (Segovia). Aprovechó la ocasión en que su abad fray Andrés, bien voluntariamente, bien obligado por la pobreza inmensa de la casa, había presentado la renuncia de la misma en manos de los reformadores anteriores, fray Juan de Cifuentes y fray Bernardo de Madrid; pero no habiéndosele hecho caso, fue fray Diego de Frías quien determinó aceptar la unión, yéndose el abad a acabar sus días al monasterio de Valbuena.

Poco después, en 1481, se unía una nueva casa, Sacramenia, en la misma provincia, aunque la administración de los bienes temporales quedó reservada al abad comendatario Juan de Acebes hasta su fallecimiento en 1491. En esta ocasión, vista la insignificancia económica de Sotos Albos, la unió la Congregación a Sacramenia, suprimiendo en él la dignidad abacial y quedando como simple priorato.

En marzo de 1485 los Reyes Católicos comunicaron a fray Diego de Frías su ardiente deseo de que visitara algunos monasterios del Císter, particularmente el de la Espina, a fin de establecer en ellos el orden y la observancia. He aquí algunas frases del respectivo documento: «Don Fernando e Doña Isabel: Sepades que por parte del devoto religioso Fray Diego de Frías, abad reformador de las casas de observancia de San Bernardo, de la horden de Cister, de nuestros reynos, e de algunos abades e religiosos de la dicha orden nos fue fecha relación que algunos monasterios de la dicha orden están pro-

fanados e deshordenados, así en lo espiritual como en lo temporal, en tanto grado y de tal manera que, si no se reformasen y pusiesen en observancia e religión, los dichos monasterios se perderían e en ellos no sería nuestro Señor servido ni alabado... entre los quales monasterios diz que señaladamente es el monesterio e casa de Santa María del Espinar, ques en esta comarca...»

Había fallecido el abad perpetuo de la Espina, fray Alonso de Urueña, quien ocupó la sede abacial durante un período récord de sesenta y cuatro años, y los monjes manifestaron deseos de entrar en la observancia de Martín de Vargas. Deseos que fueron atendidos por los Reyes Católicos, no menos que por Diego de Frías, quien tardó poco en tomar posesión del monasterio y confiar su gobierno a fray Martín Curiel de Valdearcos, en otro tiempo reformador de la Congregación.

Antes que la Espina se había unido el monasterio femenino de las Huelgas Reales de Valladolid, a instancias también de los Reyes Católicos y merced a las facilidades ofrecidas por su abadesa sor Isabel de Herrera, que mostró grandes deseos de introducir su casa por caminos de más regularidad.

Siguióse otra nueva unión, la de Valparaíso, monasterio zamorano edificado sobre el mismo lugar que naciera San Fernando. Estaba al frente de la casa Juan de Grado, catedrático de Salamanca; pero los monjes no estaban satisfechos de que un catedrático se estuviera aprovechando de la mejor parte de las rentas, lejos de la casa, sin querer saber nada del peso de la observancia.

Estimulados por el ejemplo de otros monasterios, que poco a poco iban sacudiendo de sí la plaga de los abades comendatarios, ingresando en la nueva modalidad monástica española, dieron los primeros pasos ante Diego de Frías, apoyados por los Reyes Católicos. El general se personó rápidamente en Valparaíso y, de acuerdo con los monjes, nombró a fray Fernando de León primer abad de la observancia. Al enterarse el catedrático de Salamanca, le delató a Roma y a fuerza de dinero obtuvo del Papa contrabulas que le daban derecho a posesionarse otra vez de la abadía de Valparaíso.

Mas Fernando de León se le anticipó. Reunió a los monjes, les puso al corriente de lo que pasaba, renunció la abadía y les insinuó que procedieran de nuevo a elegir otro. Así lo hicieron, recayendo los votos en fray Pablo Vélez de Roa.

Al llegar el catedrático con aires de triunfo, anhelante de un desquite sonado en su contrincante fray Fernando de León, se encontró con que la abadía estaba gobernada por fray Pablo Vélez de Roa, por haberse retirado a tiempo su contrario fray Fernando de León, contra quien había sacado las bulas.

Lo único que pudo conseguir fue retirarse avergonzado, devorando en silencio una derrota que jamás había soñado, y la comunidad siguió en paz saboreando los encantos de la nueva observancia.

Por los mismos días, en 9 de junio de 1485, verificaba su anhelada unión el monasterio de Valdeiglesias, después de una tentativa infructuosa realizada en tiempos de Martín de Vargas. Tenían que aprovecharse de las rentas todavía tres comendatarios: Juan Bernal, Alfonso Matamoros y Bartolomé. El primer abad de la nueva observancia se llamó fray Anselmo.

Ningún dato más podemos ofrecer en el momento presente sobre este ilustre monje que tan honda huella dejó en la reforma del Cister español.

BIBLIOGRAFIA.—FR. ANGEL MANRIQUE: *Anales cistercienses*, IV, 601-602. *Manuscrito 16.621* del AHN, fol. 32.

JOSÉ GARCÍA ORO: *La reforma de los religiosos españoles en tiempo de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1969, 422.

FRAY JERÓNIMO HURTADO

Desconocemos muchos datos personales de este ilustre monje; sin embargo, la brillante hoja de servicios que vamos a narrar le colocan entre los más esclarecidos hijos de Toledo. Debió nacer a fines del siglo xv en la propia ciudad de Toledo, pues recibió el hábito monástico en el monasterio de San Martín de Valdeiglesias el 1.º de enero de 1519, habiendo sido elevado a la dignidad abacial nueve años más tarde, el 22 de octubre de 1528. Esto nos hace suponer que debió nacer en la fecha indicada, porque no suele ser ordinario elegir a un abad antes de los treinta años, salvo raras excepciones.

Su gobierno se prolongaría por espacio de veintiséis años, prueba inequívoca de su gran valer, si tenemos en cuenta que en la Congregación de Castilla estaban prohibidas las reelecciones para un mismo monasterio. Vamos a ofrecer un resumen de su actuación tal como nos lo ofrecen los historiadores de la casa.

En 1532 prosiguió la demanda contra el duque del Infantado, puesta por fray Miguel de Sevilla en 1516, sobre la villa de San Martín. «Después de algunos días se trataron de concierto. Y el dho P. Abbad considerando la dificultad del pleyto, si se proseguía, con

el duque D. Yñigo, hijo del pasado, así por lo que está dho como por que él y sus antecesores hauían posseydo la dha villa de San Martín hasta sententa años, poco más o menos. Por lo qual trató con el dho D. Yñigo López Hurtado de Mendoza que las partes comprometiessen su justicia en dos jueces árbitros y un tercero convenido en esto: El Monasterio señaló por su parte al Doctor Vaguer, Inquisidor de Toledo, y el Duque por su parte nombró al Licenciado Niegra, vecino de Guadalajara. Y ambas partes señalaron por tercero al Maestrees-cuela de Toledo.» Todos aceptaron el compromiso y dictaron una concordia que si bien en un principio no se dio a conocer al duque, luego que se le manifestó aceptó las capitulaciones establecidas, beneficiándose desde entonces el monasterio en 80.000 mrs que le correspondían en razón de las heredades que le tenían usurpadas.

En 1539 finalizó flizmente este enojoso pleito, dando el duque 30.000 mrs sobre las alcábalas de la villa de Prado, más 1.800 reales en metálico. Las relaciones con don Yñigo de Mendoza fueron muy cordiales, habiéndole entregado el monasterio los títulos que tenía de la villa de San Martín, a excepción de los privilegios. La duquesa, por su parte, ofreció un precioso ornamento de brocado con las armas de la casa en agradecimiento por esta concordia entre los monjes y su familia.

A él se debe la construcción de los retablos de la capilla mayor de San Juan, San Pedro y colaterales. También la verja de hierro que separaba a los monjes del pueblo. Según una nota del códice que vamos siguiendo, «El Retablo mayor, el de San Joan y S. Pedro los pintó Correa gran Pintor, siendo Abbad deste Monast.º el P. Fr. Hierónimo Hurtado el viejo, cerca del año 1550. Por faltar el libro de caja de aquellos tiempos, no se sabe lo que costaron así la pintura como el estofado y dorado».

Las obras realizadas en la casa inmortalizarían su nombre. Ya al principio de su gobierno, en 1529, construyó de nuevo el refectorio, rehaciéndole todo él hasta las bóvedas que, al decir del códice, «estauan falsas». Los construyó con toda solided, con sus arbotantes «y encima un quarto de despetería». Hizo también una hospedería nueva, las caballerizas, encima un cuarto de campaña y el horno. A él se debe también principalmente la construcción del claustro alto, pues si bien es cierto que quedó esta gloria para su sucesor en el cargo, fray Juan de Cubillana, también lo es que fray Jerónimo Hurtado le dejó todo el material dispuesto y aderezado para proceder al montaje.

Igualmente en la sala capitular dejó gratos recuerdos, colocando un retablo y adaptando los sitios de los monjes para utilizarse con comodidad.

En 1549 tuvo el consuelo de dar el hábito a un santo varón que pasó a la posteridad con fama inmarcesible. Se llamaba fray Pedro López Bernaldo y era natural del valle del Lozoya. He aquí cómo nos describe su memoria el códice que vamos siguiendo: «Hay una carta de Almoneda fecha en Lozoya, ante García de Môgrô, escriuano, a 25 de Abril de 1561, por la qual parece cupo a este Mon.^o 62.626 mrs por muerte de Catalina Bernaldo, madre del Hermano fray Pedro López Bernaldo, frayle lego hijo deste Mon.^o. Y junto con esto hay un testamento de un hermano suyo. Este dho Fr. Pedro Bernaldo tomó el hábito en 30 de septiembre de 1549, siendo Abbad el P. Fr. Hierónimo Hurtado. Hay tradición que fue simple y santo varón, humilde y muy deuoto de Nuestra Señora, el qual tenia particular devoción con la imagen del locutorio, y siendo bodeguero, de noche, cuando se yba a recoger, pasaua por el locutorio y después de algunas deuociones que reçaba delante de la Ymagen, le decia que tuuiese cuidado con la bodega, no se saliese alguna cuba.

Una noche, passando por allí para recogerse, le habló la Santa Ymagen y le dijo se salía una cuba. Dióle gracias por el aviso a la Madre de Dios, fue a la bodega, y halló se salía una cuba: remedióla, volvió a dar gracias a la Sta. Imagen a la qual con santa simplicidad le suplicaba le guardase la bodega.

Cuando venía aquí el príncipe D. Carlos, hijo del Rey D. Felipe segundo, gustaua mucho de hablar con él, y le hacía mucha merced y fabor con el qual le pasaron muchos cuentos graciosos.» Se ignora la fecha de la muerte de este santo religioso.

En su tiempo se acrecentó considerablemente el patrimonio de la casa, gracias a la generosidad de almas piadosas que nunca faltan en el mundo. Un ligero recuento de estos donativos nos lo van a demostrar: Sebastián Pérez, vecino de Pelayos, hizo testamento en 30 de septiembre de 1529, ante Francisco Caballero, en el cual disponía ser enterrado en la iglesia del monasterio, junto a la pila de agua bendita, frente al altar de San Juan, dando en compensación una viña al pago del rincón y un huerto en el arroyo de la torre. Fue aceptado el contrato por «Fr. Jerónimo Hurtado el viejo».

En 1530, unos vecinos de Toledo, marido y mujer, se hicieron donados de Valdeiglesias; mas se hace constar que en 1537 renunció el convento dicha donación «porque no le estuuo bien), sin que se especifiquen los motivos. Antón Bollo, vecino de Pelayos, en 6 de septiembre de 1540, dejó al monasterio una viña al pago de Luna «para que le entierren y rueguen a Dios por su alma». Tres años más tarde, a juzgar por un testimonio levantado por el escribano de Pelayos Juan García, dos personas de la misma villa de Pelayos tasa-

ron una viña al pago de la fuente del plomo en 5.292 maravedís, cuyo importe sirvió para satisfacer el entierro de su dueño Francisco Robledo. En 31 de diciembre de 1544, María González firmó un codicilo por el cual mandaba a Valdeiglesias la viña de Valcaliente, y después de los días de su marido mandó otra viña en el mismo pago, a condición de ser enterrada en el monasterio. Lo mismo hicieron en distintas fechas Juana González y Juan Garzón. María Hernández hizo testamento en 18 de enero de 1547, dejando heredero universal de sus bienes al monasterio de Valdeiglesias, a cambio de ser enterrada en su iglesia y obtener las oraciones de los monjes.

Pasando por alto otras muchas donaciones de la misma índole, vamos a fijarnos solamente en una, la más importante de todas que recibió fray Jerónimo Hurtado. Se trata del curioso testamento de doña Ana de Vera, viuda de Alonso Carrillo, natural de Avila pero residente en Pelayos, donde radicaba su mucha hacienda. Fundó en Valdeiglesias una capilla en honor de la Magdalena, proveyéndola de ornamentos necesarios de gran precio. Mandó al monasterio, además, 30 libras de cera anuales y veinticuatro gallinas, las cuales cargó sobre sus heredades y casas de Pelayos y San Martín. Mandó asimismo se le dijese cada año dos aniversarios, «el uno la dominica infra octava de la Magdalena, una vigilia cantada después de vísperas y responso sobre su sepultura en la dicha capilla y al día siguiente se ha de decir en la dicha capilla una misa cantada, con ministros, de la Magdalena y colecta por ella, en segundo lugar y otra por sus familiares difuntos y por los que están en pecado mortal».

El segundo aniversario debía celebrarse de idéntica forma en la dominica infraoctava de la Purificación. Todo a cambio de las 30 libras de cera y las veinte gallinas anuales dejadas al monasterio. Dejó, además, a los monjes el molino llamado Ituero, situado detrás del cerro de San Esteban, para que lo gozase el monasterio después de los días de su vida, dándole anticipadamente la posesión del mismo, así como la documentación correspondiente. En pago de esta donación, debía dar el monasterio doce fanegas de trigo la víspera de la Magdalena a los pobres de Pelayos, San Martín y Avila; pero se advierte que no dé a cada uno más de una fanega de trigo. Todo lo debían ofrecer los monjes en sufragio del alma de la donante. Se especifica una condición: si en alguna coyuntura los monjes dejaban el molino a alguna persona, debía ésta satisfacer las doce fanegas de trigo en la forma dicha y al mismo tiempo dejar el molino «corriente y moliente, como se lo ubieren entregado».

Se hace constar en el código que dicho molino se lo llevó el río a los pocos años, costando al monasterio la reparación 300 ducados. En 1562 se lo llevó de nuevo por completo, desistiendo los monjes de

volver a reedificarlo por hallarse emplazado en lugar peligroso; a pesar de lo cual, los monjes continuaban dando las doce fanegas de trigo a los pobres, señaladas en el testamento de doña Ana de la Vera.

La aceptación de todas estas condiciones por parte de don Jerónimo Hurtado y sus monjes estaba supeditada a la autorización del general de la Congregación de Castilla, que no se hizo esperar, constando la autorización en documento público extendido en 4 de agosto del mismo año 1546.

Al mismo tiempo que aumentaba el patrimonio de la casa con esta lluvia incesante de dádivas, prosiguió incansable las obras del monasterio. Además de las ya mencionadas, construyó las escaleras que bajan a la bodega, mandó hacer diversos libros litúrgicos en pergamino y adquirió ornamentos preciosos para enriquecer la sacristía.

En 11 de julio de 1550 entabló pleito contra la villa de San Martín, porque el concejo impedía a los monjes gozar de los pastos comuneros a que tenían derecho desde antiguo. Lo prosiguió con gran entereza hasta finalizar su gobierno, y en el trienio siguiente su sucesor estableció una concordia con la villa de San Martín, nada benéfica, por cierto, para el monasterio.

Igualmente prosiguió el pleito de los diezmos en Navas del Rey, pendiente desde 1525. Dejó cortada la madera de nogal para el coro bajo que se hizo después. Por cierto, con relación a esta madera se refiere que Felipe II, cuando estaba construyendo el Escorial, tuvo noticia de ella y la pidió para hacer la sillería de la iglesia; mas el abad que entonces regía el monasterio se disculpó diciendo que estaba preparada para hacer la del monasterio, como así fue, en efecto, comenzando luego la obra el famoso escultor Rafael de Soto, vecino de Toledo, ausentado de allí, según se dice, por cierto disgusto y recogido en el monasterio de Valdeiglesias.

Después de veintiséis años de gobierno, cesó fray Jerónimo en el cargo en mayo de 1554, sucediéndole fray Angel de Cebrenos durante un trienio, que era lo normal, finalizado el cual, de nuevo volvió fray Jerónimo a tomar posesión del mismo en mayo de 1557; pero por breve tiempo, pues la muerte le arrebataría rápidamente al cabo de un año, en fecha desconocida de 1558. A pesar del poco tiempo que pudo gobernar a sus monjes, todavía adecentó el capítulo con piso nuevo y bancos con respaldos, así como el retablo del mismo, dejando labrados los pilares para el claustro alto, que remataría su sucesor fray Juan de Cubillana.

Fue enterrado en el capítulo del monasterio, como era tradición en el Císter. El código finaliza así su memoria: «Era natural de Toledo. Fue hombre exemplar y de buen gobierno, pues tanto tiempo

fue Abbad reelecto cada tres años, como dicho es y por lo mucho que trabajó y hizo en este Mon.^o».

BIBLIOGRAFIA.—Códice 9-10-1-2.097 de la Real Academia de la Historia, páginas 177 y ss.

Nota.—Fr. Jerónimo Hurtado tuvo en Valdeiglesias un sobrino que llevaba su mismo nombre y apellido, que también fue abad muy destacado de la casa los trienios 1587-1590, 1593-1596 y 1599-1602; luego, presidente de abad en la Espina, y por fin dos veces abad de Osera, habiendo muerto en el segundo trienio durante una visita efectuada a San Clodio (Orense), donde está enterrado. El código distingue al tío llamándole fray Jerónimo Hurtado «el viejo», toledanos ilustres.

FRAY ALONSO GUERRERO

Nació en Toledo a mediados del siglo xvi, habiendo ingresado en el monasterio cisterciense de Osera (Orense) en época que nos es desconocida. Se doctoró en Teología por la Universidad de Salamanca, fue catedrático de Filosofía en los colegios de la Congregación de Castilla, desempeñó el cargo de Definidor general de la misma; en una palabra, fue «sujeto erudito, de un entendimiento elevado y elegante latino». La fluidez y elegancia de su lenguaje oratorio le mereció el honroso título de *boca de oro*. Falleció en 1716.

Dejó escritas las siguientes obras: *Sacrae Cisterciensis Observantiae in Regnis Hispaniarum facultas ad nova Sanctorum Officia ordinanda proprio Breviario addenda*, Madrid, 1716. Tal obra fue reimpressa e incorporada a la suya por el Rvmo. Vázquez. *Apostolicae Constitutiones Papae XIII super Ecclesiastica disciplina in Regnis Hispaniarum instauranda, elucidatio pro Regularibus*. Esta última obra la dejó preparada, pero no llegó a imprimirse.

Noticia de la Reducción de Misas de San Lamberto y en qué conformidad: aplicación de estas Misas, precisa y personal obligación de decir las colectas para lograr el Privilegio, ms. Aunque esta obra no llegó a imprimirse, se divulgó por todos los monasterios en manuscrito. Uno de ellos figura hoy en la Biblioteca de San Isidro, de Dueñas.

El padre Basilio Mendoza nos habla también de algunos tratados

teológicos que escribió, así como de un curso de filosofía para sus alumnos, que no pudo terminar.

BIBLIOGRAFIA.—ROBERTO MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 157-158.

BASILIO MENDOZA: *Synopsis monasteriorum Congregationis Castellae*, ms de la biblioteca de San Isidro de Dueñas (Palencia), 11.

E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 86.

FRAY FERNANDO GUERRERO

Nació en Toledo en 7 de junio de 1681, ingresando monje cisterciense en San Esteban de Nogales (León), donde recibió el hábito el 11 de julio de 1695. Cultivó con singular esmero la oratoria sagrada, llegando a ser uno de los predicadores más cotizados de aquellos tiempos.

Fue actuante en Salamanca en 1705, y en 1708 ascendió a predicador general en la Orden, con residencia en Madrid. Obtuvo de Felipe V confirmación de todos los privilegios antiguos de su monasterio en 1713. En este mismo año fue elegido abad de Montesión, jubilandose en 1720. Después ejerció el cargo de confesor de las Huelgas de Burgos durante muchos años, hasta 1732 en que fue elegido secretario del general, luego abad de Montederramo de 1733 a 1738 en que fue propuesto para reformador general de la Congregación, pero no obtuvo la mayoría de votos. Falleció este gran hombre el 9 de abril de 1744.

Escribió varios opúsculos en los cuales se advierte su gran capacidad científica y las dotes excelentes que hermoseaban su alma.

BIBLIOGRAFIA.—BASILIO MENDOZA: *Synopsis monasteriorum Congregationis Castellae*, ms. de la Biblioteca de San Isidro, 55. Ms. del AHN de Madrid, signatura 5.564.248.

FRAY JUAN GUERRERO

Hermano de fray Alonso Guerrero, monje de Osera, nació en Toledo en la segunda mitad del siglo xvii, habiendo ingresado en el monasterio cisterciense de Valparaíso en 1682. Fue abad de su mo-

nasterio el trienio 1730-1733, y antes lo había sido de San Martín de Castañeda. Desempeñó importantes cargos en la Congregación, tales como definidor general y procurador en la curia romana, en la cual se mantuvo algunos años, habiendo aprovechado para obtener reliquias importantes de santos, tales como Santa Benigna y Santos Cándido y Olimpo y otras muchas reliquias con las cuales enriqueció el relicario de Valparaíso y distribuyó por otros monasterios. Al mismo tiempo, enriqueció la biblioteca con una excelente colección de las mejores obras existentes de arquitectura, escultura y pintura.

Fue maestro general de la Orden y su pluma la empleó en escribir notables obras. Entre ellas: *Jura Ordinis Cisterciensis contra prae-tensiones Cistercii*, 1708, impreso en Roma, en la R. Cámara apostólica.

Papel en derecho en el que se prueba el ninguno que tiene el Rmo. General de Cister para visitar los Monasterios de la Congregación de Castilla.

Falleció en su monasterio en 1736.

BIBLIOGRAFIA.—R. Muñiz: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1763, 158.
E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 86.

FRAY MARSILIO VÁZQUEZ

Ignoramos la fecha de su nacimiento. Sólo sabemos que nació en Toledo a mediados del siglo xvi, a juzgar por la fecha de su profesión en 1579, en el monasterio cisterciense de Trefontane (Roma). La hoja de servicios de este ilustre hijo de Toledo no puede ser más brillante. Tomamos los datos del P. Muñiz, quien nos ofrece esta somera semblanza: «Hijo del Monasterio de Trefontanas de Roma, en el que profesó en 1579, natural de la Ciudad de Toledo, Doctor Teólogo, cuya facultad ejerció publicamente en Florencia y Ferrara, Teólogo de Cámara de Fernando primero, Gran Duque de Florencia, y del Arzobispo de aquella ciudad, Abad de Santa Lucía en la misma Diócesi, Consultor del Santo Oficio, a quien D. Nicolás Antonio llama Teólogo de grande opinión entre los de su tiempo, y a sus grandes obras: Preclaras y llenas de excelente doctrina e ingenio.»

Fue un gran escritor, dedicando su pluma a la investigación so-

bre materias diversas, con cierta propensión al campo filosófico. Tres obras fueron publicadas con estos títulos:

Commentaria in Aristotelis Philosophiam, 8 volúmenes.

In Ethicam Aristotelis Commentarium.

De auxiliis. Obra dedicada a Clemente VIII en tiempos en que se trataba en Roma sobre esta cuestión candente.

Escribió otras muchas obras sobre diversas materias que quedaron inéditas al tiempo de su muerte, acaecida en Florencia en 1611.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 343-344.

NICOLÁS ANTONIO: *Bibl. nov.*, II, 88.

FRAY RAFAEL SARMIENTO

Ninguno de los muchos autores que tratan de este ilustre monje del Císter señalaba fecha de su nacimiento. Sólo nos dicen que nació en Ocaña y que muy joven ingresó en el monasterio de Santa María de Huerta. Era descendiente de los Sarmientos, una de las familias más ilustres de España, emparentada con la casa de Stuart, en Inglaterra. Henríquez, contemporáneo suyo y monje del mismo monasterio, después de extenderse en describir la nobleza de su alcurnia, nos da de él un precioso testimonio con estas palabras: «Habiendo recibido el hábito en Huerta en su juventud, tanto se dió al estudio y al cumplimiento de los deberes de la vida monástica, que llegó a ser un modelo de monjes, llegando a ser tan docto en las letras sagradas y profanas, tan elocuente y afamado orador, que no es exageración decir que descollaba entre los mejores, para lo cual contribuía su voz agradable y sonora, su facilidad de palabra para expresar los conceptos.»

En 1589 fue elevado a la dignidad abacial en el monasterio de Montesión, rigiéndolo con singular prudencia hasta 1592. Por su natural generoso, agradable, espléndido, se hacía querer no solamente de los monjes sino también de los extraños que le veneraban como a santo. Fue predicador general y catedrático de Teología, presidente de la Congregación y aun propuesto para el supremo puesto de general.



Falleció en fama de santidad, en su monasterio de Huerta, en 1608. Entre las obras que dejó escritas figuran las siguientes:

Flores Patrum. Obra de gran utilidad para los predicadores, porque en ella encontrarán con facilidad y en síntesis numerosas sentencias de los santos padres y doctores de la iglesia para confirmar su doctrina.

Promptuarium conceptuum ad formandas Conciones totius anni ex Divo Bernardo selectum, Madrid, 1604, 2 tomos. El primero trata de las dominicas de Adviento y Cuaresma, y el segundo de las festividades y santos.

Conciones varias, Alcalá, 1606.

BIBLIOGRAFIA.—C. HENRÍQUEZ: *Phenix reviviscens*, Brusellae, 1626, 549-542.

A. MANRIQUE: *Anales cistercienses*, IV, 658, 8 y 676, 6.

C. DE VICH: *Bibliot. script. ordin. cist.*, 285.

NICOLÁS ANTONIO: *Bibliot. nov.*, II, 258-259.

R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, 313-314, «Rev. Cistercium», III (1951), 114-115.

MARQUÉS DE CERRALBO: *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1908, 235, «Rev. Cistercium», XIV (1964), 298.

FRAY AGUSTÍN SERNA

Su nacimiento debió acaecer hacia mediados del siglo XVII, en Villacañas, habiendo ingresado en su juventud en el monasterio de Nuestra Señora de Nogales (León), donde recibió el hábito monástico en 1681 de manos de fray Agustín González, abad de la casa. Se distinguió por su afición a los estudios, llegando a sobresalir entre los mejores maestros de aquel tiempo. Se doctoró en Sagrada Teología y se dedicó a la labor docente en los colegios universitarios que tenía la Orden.

Fue abad de Nogales (1710-1713), visitador general en 1713, abad de Valdediós en 1717 y por fin definidor de la Congregación. Fue también eminente orador sagrado. Al fin de sus días se retiró a su casa de Nogales, donde falleció en la paz de Dios el 6 de mayo de 1726.

BIBLIOGRAFIA.—Ms. 5.564 del Archivo Histórico Nacional, fol. 247 v.

FRAY CRISTÓBAL DE PERALES

Historiador. Nació en Escalona hacia mediados del siglo xvi. Ingresó en el monasterio cisterciense de Valbuena, recibiendo el hábito monástico el 19 de diciembre de 1567. Se distinguió por su amor a la clausura y a la soledad, no saliendo del monasterio si no era obligado por una necesidad imperante. Desde el primer día de su vida monástica se dio de lleno a las obligaciones del estado religioso, llegando a ser un auténtico modelo de monjes. Distribuía el tiempo de manera minuciosa entre la oración y el estudio. Cuando los demás monjes se retiraban del templo, él permanecía largo tiempo en oración, entregado a sus devociones piadosas y a la lectura de libros espirituales.

Sentía una devoción entrañable por San Bernardo. Para mejor conocer al santo, leyó todas las obras que estuvieron a su alcance en las que se tratara de él. Así fue como nació en él la idea, mejor dicho, fue una imposición de los superiores, hacer una vida del Santo Doctor en español para edificación de almas.

Escribió: *Historia de la esclarecida vida y milagros del Bienaventurado Padre y Melifluo Doctor San Bernardo, fundador y primer Abad de Claraval... Recopilada agora de nuevo, ordenada y dividida en cinco libros*. Valladolid, 1601. También dejó diversos manuscritos sobre temas espirituales que no llegaron a publicarse.

Se ignora la fecha de su muerte.

- BIBLIOGRAFIA.—C. HENRÍQUEZ: *Phenix reviviscens*, Brusellae, 1626, 298-299.
R. MUÑOZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1973, 153-154.
NICOLÁS ANTONIO: *Bibl. nova*, I, 245.
BASILIO MENDOZA: *Synopsis monasteriorum*, ms, 114.
E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 58.

ILMO. FRAY ANGEL DE MALDONADO

Nació en Ocaña en 1658, de una familia muy cristiana. A los dieciséis años ingresó en el monasterio cisterciense de Sacramenia (Segovia), donde iba a brillar por sus virtudes y sabiduría. Recibió el hábito monástico en 1674 y profesó al año siguiente. Formado en los estudios, fue enviado a la Universidad de Alcalá de Henares, donde se doctoró en teología. Tan salientes eran sus méritos, que en

plena juventud fue sublimado al obispado de Honduras (Perú), trasladado más tarde al de Antequera, valle de Ooxaca (Méjico) y, por fin, el 1717, al de Orihuela, en España, pero que rehusó aceptar.

Además de gran teólogo, era tenido por uno de los mejores oradores de su tiempo. Entre las obras que escribió, conocemos las siguientes:

— *Suggillatio discordiae inter Religiosas Familias*, Alcalá, 1697, obra dedicada al Papa Inocencio XII. Fue muy ponderada de los sabios por su profundidad y elocuencia.

— *Afectos a Dios y al Rey, solicitados por medio de cinco Oraciones Evangélicas*, Puebla de los Angeles, 1707, reimpresso en Valladolid en 1713.

— *Oraciones evangélicas del glorioso San Francisco Xavier, Apóstol de las Indias*, ibid. Dedicadas a nuestro señor el Rey Felipe V.

— *Tractatus theologici*, ms.

Ignoramos la fecha del fallecimiento de este ilustre varón.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 200-201.

B. MENDOZA: *Synopsis monasteriorum congregationis castellae*, ms. de la Biblioteca de San Isidro, de Dueñas, 33.

E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 58.

FRAY CIPRIANO GUTIÉRREZ

Nació en Escalona (Toledo) en la primera mitad del siglo xvi. Nicolás Antonio, tomándolo tal vez de Crisóstomo Henríquez, le apellidaba Rodríguez, confundiéndole con el reverendo fray Alonso Ruiz. Ingresó en el monasterio cisterciense de San Esteban de Nogales (León), recibiendo el hábito monástico de manos de fray Cipriano de la Huerga el 1 de noviembre de 1545, el primero que dio este insigne varón, uno de los catedráticos más afamados de la universidad de Alcalá de Henares y primer abad de la casa, después de haberse incorporado en 1521 a la nueva observancia española surgida en Montesión (Toledo) el año 1427.

Fue abad de Ovila (Guadalajara), habiendo sido tan llamativas

sus virtudes y buen gobierno, que un monje de la casa, fray Pedro de Ovila, escribió su vida. Falleció en aquel monasterio en 1571, siendo sepultado en el capítulo entre los demás abades.

Fue teólogo de notable reputación. «Dejó escrito un gran cartapacio de diversas materias de Theología Scholastica y positiva que se pudo quedar en Fitero por muerte de Nro. Mro. Fermín que le tenía en su poder siendo Abad de aquel Monasterio.» Se titulaban las obras escritas: *Teología Escolástica y Expositiva*. La otra, de carácter litúrgico, llevaba por título: *Comentarios sobre los himnos de Tempore et Sanctis*.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 160. NICOLÁS ANTONIO: *Biblioteca nov.*, tomos I y II, 200. vArchivos leoneses, 69 (1971), 121.

BERNABÉ DE MONTALVO: *Primera parte de la Crónica de San Bernardo*, Madrid, 1602, 303. Ms. 5.564 del Archivo Histórico Nacional de Madrid, fol. 245.

FRAY BENITO ALVAREZ

Sólo sabemos de este monje que fue natural de Talavera de la Reina y se hizo monje cisterciense en el monasterio de Valdeiglesias. Tradujo los opúsculos de San Bernardo *De Diligendo Deo* y *De interiore domo*, que fueron impresos en Madrid en el año 1616.

BIBLIOGRAFIA.—B. MENDOZA: *Synopsis monasteriorum Congregationis Castellae*, ms. de la Biblioteca de San Isidro de Dueñas, 125. «Enciclopedia Espasa», t. 8, 120.

FRAY FRANCISCO PORTES

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de este ilustre hijo de Mora de Toledo; pero es fácil deducir que debió ser hacia 1550, a juzgar por el momento en que le vemos recibir el hábito cisterciense en el monasterio de Valbuena (Valladolid), el 20-X-1567. Se distinguió por un amor entrañable a la Orden, un gran celo por los estudios y una perfección de vida que se salía fuera de lo corriente.

Prestó señalados servicios a la Orden, rigiendo sucesivamente diversas abadías: Benavides (Palencia), Belmonte (Asturias) y la propia casa de Valbuena donde recibió su formación cultural y monástica. Pero deseando servir todavía más y más a la Orden, concibió el proyecto de publicar en una obra todos los privilegios otorgados por los sumos pontífices a la Congregación de Castilla, nacida en Montesión en 1425. De esta manera podían tener a mano todos los monjes, tanto de la propia Congregación como del resto de la Orden, un catálogo de todos los favores otorgados por los sumos pontífices a la congregación fundada por Martín de Vargas.

La obra consta de dos tomos, con los siguientes títulos:

Sacri Cisterciensium Ordinis Privilegia tum a Summis Romanorum Pontificibus, tum ab Orthodoxis Principibus ab anno 1100, ad annum 1489 indulta, apte, concinneque in hoc volumine compliata, atque digesta, suisque summariis, ac numeris luculenter disposita. Primus Tomus. Alcalá, 1574.

Sacrae Cisterciensis Observantiae (quae vulgo Divi Bernardi instituti nuncupatur) privilegia a Summis Pontificibus ab anno Verbi incarnati 1425 eidem almo Ordini elargita. Tomus secundus, Ibid.

El padre Muñiz dice de él que fue: «varón docto y uno de los Poetas Latinos más elegantes de su tiempo, como lo denotan los tres Epigramas y un Hexasticon que preceden a los tomos 1 y 2 de los Privilegios de la Orden que compiló, coordinó y dio a la prensa siendo presidente o Rector del Colegio de Alcalá».

Falleció este gran hombre en el monasterio de Valbuena en 1613.

BIBLIOGRAFIA.—C. HENRÍQUEZ: *Phenix reviviscens*, Brusellae, 1626, 348-349.
R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 266-267.
NICOLÁS ANTONIO: *Bibl. nova*, I, 460. «Revista Cistercium», III (1951), 114.

FRAY MALAQUÍAS MAYORGA

Fue uno de los más afamados varones que tuvo la Orden del Císter en el siglo xvii. Nació en Yepes en 1673 y, habiendo sentido la llamada de Dios a la vida religiosa, ingresó a los dieciséis años en el monasterio cisterciense de Sobrado de los Monjes (La Coruña), recibiendo el hábito monástico de manos del abad fray Urbano Romero en 2 de octubre de 1689.

«Dio a los principios muestras tan claras de su sutileza y elevado ingenio, que determinó la congregación graduarlo en Salamanca. Ninguna determinación más acertada, porque aviéndose graduado y opuesto a las Cathedras, consiguió y regentó muchas, y entre las de propiedad la de Prima: y todos sus autos los exerció con tanta sutileza, profundidad y energía, que causó admiración y terror a las escuelas, teniéndole los doctos por uno de los mayores teólogos de España, con cuiá opinión tan bien merecida, honrró insignemente la cogulla blanca.»

Fue abad del colegio salmantino del Destierro varios trienios, otras veces figuró como definidor de la Orden y por fin «le dio la congregación honores de Rmo., pero esto para tanto mérito fue poco premio».

Murió santamente en dicho colegio del Destierro de Salamanca, y allí está enterrado. Siendo abad de dicho colegio mandó construir un magnifico trono de plata para la Virgen titular del colegio, dejando cantidad suficiente de dinero para que todos los días, durante el canto de la Salve, se tuvieran encendidas cuatro velas.

BIBLIOGRAFIA.—Fr. MAURICIO CARBAJO: *Historia de Sobrado*, manuscrito inédito, fol 544.

B. MENDOZA: *Synopsis monasteriorum*, manuscrito de la Biblioteca de San Isidro, de Dueñas, 11.

FRAY ISIDORO LUNA

Pocos son los datos que poseemos de este personaje. Sólo que nació también en Yepes en el año 1622, ingresando monje cisterciense en Sobrado cuando frisaba en los dieciséis años, recibiendo el hábito monástico en 18 de abril de 1649. La crónica de la casa se contenta con decir de él estas frases laudatorias: «Tengo entendido que fue Maestro y bueno, y fue abad de Sobrado desde el año 1677 hasta el de 1680. Dio nueve hábitos».

BIBLIOGRAFIA.—*Ibidem*, fol. 543 v.

FRAY ATANASIO CEPEDA

Figura en el catálogo de monjes ilustres y venerables del monasterio de Sobrado (La Coruña) este hijo de Yepes, nacido hacia 1617. Niño aún, recibió el hábito monástico en el citado monasterio a los trece años, de manos de fray Nicolás Bravo, el 25 de abril de 1630. La profesión monástica la hizo en 22 de julio de 1633, en manos de fray Isidoro Luna, abad del monasterio e hijo ilustre también de Yepes.

Fue tan sobresaliente en ingenio y virtud, que muy pronto adquirió los grados de maestro, mas poco pudo hacer en beneficio de sus hermanos, porque «Vivió poco dicho P. Maestro Cepeda, aunque era digno de vivir muchos siglos. Murió en el año 1650, pero mejor diré "raptus est ne malitia mutaret intellectum illius». Está enterrado en el monasterio de Sobrado «y es opinión asentada de Padres a hijos de los comarcanos que fue un santo y que su cuerpo está incorrupto».

También fue insigne en la oratoria, como lo demuestra grabado sobre su tumba:

AQUI IACE EL R. P. M. FR. ATHANASIO ZEPEDA: PREDICADOR MAS QUE GRANDE: FUE HIJO DE SOBRADO: I SOBRADO DE PREDICADOR.

R. I. P.

42 ANNOS 1650

SVPERADO

BIBLIOGRAFIA.—Fr. MAURICIO CARBALLO: *Historia de Sobrado*, manuscrito fol. 51 (v. 520).

FRAY JUAN TORRES

Historiador. Natural de Yepes, ingresó en el monasterio cisterciense de Matallana (Valladolid), donde recibió el hábito monástico en 10 de julio de 1588. Se distinguió por su amor al estudio, llegando a destacar en el campo de la historia.

Dejó una obra manuscrita preparada para dar a la imprenta, con todas las licencias necesarias, y este título:

Primer tomo de los Anales de César Baronio.

Empieza en el año primero de Cristo y en el 42 del emperador Augusto y acaba en el 100 de Cristo y en el segundo de Nerva.

Realizó la obra en 1603.

Ignoramos la fecha de su fallecimiento.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 334.

FRAY BERNABÉ ALONSO

Nació en Toledo en la segunda mitad del siglo xvi, ingresando en el monasterio de Sobrado (La Coruña) en 1597, donde brillaría por su ciencia y virtud. El padre Mauricio Carabajo, principal historiador de la casa, nos dice de él: «Salió aventajado en los estudios. Fue sujeto de especial erudición y talentos; por uno y otro y por lo que dejó escrito es digno de toda memoria.»

En 1656 fue elevado a la dignidad abacial del propio monasterio, no habiendo podido terminar el trienio porque le sorprendió la muerte en 1658. En los dos años que estuvo al frente de la abadía dio dieciséis hábitos a jóvenes que sin cesar llamaban a las puertas del convento.

El padre Carlos de Vich hace un merecido elogio de sus méritos con las siguientes palabras: «Barnabas Alphonsus superatensis Monachus scripsit acuta et gravia commentaria in Cantica Canticorum in sensu literali et morali. Item Hispano idiomate tomum alium de peregrinatione et praedicatione Sti. Iacobi in Hispania. Denique volumen tertium de immunitate Ecclesiarum quod opus viris doctissimis summe probatur; tametsi idiomate etiam hispano conscriptum sit. Quae omnia defectu mediorum seu sumptuum Author nondum publici iuris facere potuit: sperantur tamen opera cuiusdam Patroni brevi lumen visura».

O sea, las tres obras principales que dejó escritas fueron:

In Cántica Canticorum iuxta sensum litteralem et moralem Commentaria.

Predicación y peregrinación de Santiago en España.

De la inmunidad eclesiástica.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 15.

FR. MAURICIO CARBAJO: *Historia de Sobrado*, manuscrito inédito, 542 v.

CARLOS DE VICH: *Biblioteca Nova*, I, 221.

FLÓREZ: *España sagrada*, XVI, 210; XIX, 34, etc.

FRAY BERNARDINO MALDONADO

Nació en Villarrubia de Ocaña en 1590, habiendo ingresado en el monasterio cisterciense de Sobrado, donde recibió el hábito de edad de dieciséis años, en 14 de junio de 1606. «Fue sujeto de sutil entendimiento y de grande talento, el cual no lo ocultó como hizo el siervo inútil, sino que lo empleó con mucha ganancia, así en la buena administración de la Abadía, y de otros officios, como en lo que escribió con singular erudición y sabiduría».

En 1662 fue nombrado abad de Sobrado, presidiendo los destinos de la casa hasta 1665, falleciendo poco después.

Escribió *Sobre el Profeta Jonás* y algunas *consultas*, manuscritos que yacían inéditos en la biblioteca antigua del monasterio, «siendo lástima que el público no goce el fruto de tanto estudio por no imprimirse».

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 201.
FR. MAURICIO CARBAJO: *Historia de Sobrado*, manuscrito 542 v, 543.

FRAY DIEGO SÁNCHEZ MALDONADO

Nació a mediados del siglo XVI en Villarrubia de Ocaña (Toledo), recibiendo el hábito monástico en Carracedo (León) el 19-I-1570. Andando el tiempo fue elegido abad del propio monasterio dos veces y una del de Rioseco (Burgos). Prestó igualmente señalados servicios a la Congregación desde diferentes cargos, tales como visitador de los monasterios y definidor general. Fue «versadísimo en Sagrada Escritura y Santos Padres, varón piadoso y lleno de zelo del bien de las almas».

Destacó en el campo de las letras, habiendo escrito varias obras, una de ellas con el título: *Agricultura alegórica o espiritual para todo género de personas, especialmente para pecadores y devotos*, Burgos, 1603, calificada por Nicolás Antonnio de «grande y esclarecida». Dividida en tres partes, en la primera describe cómo el siervo de Dios debe arrancar de su alma todos los vicios. En la segunda trata de la manera de sembrar las virtudes, ejercitándose en ellas y en obras de misericordia; en la tercera enseña cómo en el agosto de la vida, es decir, al tiempo de la muerte, recógenese aquellos frutos malos que se sembraron durante la vida.

Otras dos obras se titulaban: *Excelencias y milagros de Nuestra Señora y San José su Esposo*, dedicada a la Virgen del Castañar, y *Seminario de buenas costumbres*, y quedaron sin imprimir en la biblioteca del monasterio. En ellas se esforzaba el piadoso varón por inculcar a las almas las virtudes y desterrar los vicios.

Henríquez, contemporáneo suyo, asegura que desde su primeros años tuvo afán incansable de estudiar a los santos padres, de cuya doctrina se saturó, llegando a adquirir profundos conocimientos que le ayudaron a forjar su santidad personal y a hacerse útil a sus hermanos: «... nihil prius habuit quam Patrum scripta euoluere, quo in studio assiduus fuit, eo que sibi magnam scientiam parauit, et non sibi soli, sed et proximis profuit».

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑIZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 307-308.

CRISÓSTOMO HENRÍQUEZ: *Phenix reviviscens*, Bruselae, 336-337.

B. MENDOZA: *Synopspsis monasteriorum Congregaciones Castellae*, manuscrito de la Biblioteca de San Isidro, de Dueñas, 81.

E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 56. «Archivos leoneses», 69 (1971), 112.

NICOLÁS ANTONIO: *Biblioteca Nova*, I, 314.

A. MANRIQUE: *Anales cistercienses*, IV, 672 y 683.

FRAY CRISÓSTOMO DE LA SERNA

Natural de Villacañas (Toledo), ingresó en San Esteban de Nogales (León), habiendo recibido el hábito en 1691, a 14 de noviembre, de manos de fray Benito Martínez. Llegó a ser catedrático de Alcalá, confesor de las religiosas cistercienses en las Huelgas reales de Valladolid, definidor general dos veces, en 1733 y en 1741, abad de Santa Ana de Madrid, y tal fue su reputación en la Orden, que en el año 1741, cuando le eligió definidor, le concedió honores de general «y en atención a su agudo ingenio y vasta erudición le nombró cronista el capítulo intermedio de 1743».

«Fue uno de los escritores que más sobresalieron en aquella famosa disputa que dio ocasión al padre Pien o Pinio, de la Compañía de Jesús, con las notas de la vida de S. Bernardo. El ingenio vivo y perspicaz del Mro. Serna, su erudición, tenacidad y memoria, copia de noticias y oportunidad de traerlas al asunto con cierto satírico salado chiste, dio bien en qué exercitar el de los Antagonistas que

enardeciéndose cada día más en ella, la hubieran llevado adelante, si el Santo Tribunal por éstos y otros justos motivos no la hubiera atajado, haciendo recoger todo lo escrito.»

Dejó impresas las dos obras siguientes: *Judicium cujusdam humilis Monachi supra notae Antuerpiensium. Conflictus spectabilis humilis provocati Monachi videlicet Cisterciensis Authoris Judicii supra notas Antuerpiensium.*

Algunos le atribuyen también la obra siguiente: *Pro aureola Sancti Bernardi actiones indices contra novas detractones duorum Testuum primae Historiae Vitae S. Bernardi Doctoris Egregii et Meliflui Conram D. D. Judicibus S. R. E. bajo el nombre de D. Juan Lisabe de Seraos.*

Falleció este gran hombre en Madrid el 24 de septiembre de 1751.

BIBLIOGRAFIA.—R. MUÑOZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 319-319, «Archivos leoneses», 69 (1971), 126, manuscrito 5.564 del Archivo Histórico Nacional de Madrid, 248 v.

FRAY BERNARDINO DE SANDOVAL

Ignoramos la mayor parte de los datos relacionados con este notable hijo de Toledo. Sólo sabemos que nació en esta ciudad en la segunda mitad del siglo xvi y que fue monje de San Martín de Valdeiglesias (Madrid), de donde probablemente pasó al monasterio de Osera acompañando a fray Jerónimo Hurtado, monje del mismo monasterio, que rigió la abadía gallega el trienio 1608-1611, al cual ayudó en el gobierno sirviéndole de prior. Al cesar fray Jerónimo Hurtado, vino nombrado para sucederle fray Bernardino de Sandoval el trienio 1611-1614, no habiendo pasado antes por ninguna otra abadía, hecho que hace notar el historiador Peralta, pues los abades de Osera solían ser personajes experimentados, cargados de méritos y experiencia, por tratarse de las primeras casas de la Observancia española.

A pesar de su inexperiencia en el gobierno, se enfrentó con una triste situación pocas veces igualada. El caso requiere amplia explicación.

La abadía de Junias (Portugal), dependiente de Osera desde el siglo xii, había sido impetrada por Esteban da Costa, mas nuevamente volvió a poder de los monjes de Osera hasta 1522, en que el arzobispo de Braga la proveyó de clérigo secular. Osera le puso plei-

to, litigando contra aquel arzobispado por espacio de muchos años con suerte adversa. Se llevó el proceso a Roma y sucedió lo contrario; el fallo fue a favor de los monjes, a quienes se devolvió la abadía portuguesa.

Intervino en el pleito, por parte de la Orden, fray Lorenzo de Vera, procurador de la Congregación de Castilla en Roma y monje de Valparaíso.

Este sujeto, astuto en sumo grado, «quiso llevarse de guantes la abadía» —en frase lapidaria del padre Peralta—. Para ello fingió a los monjes de Osera que cierto religioso de Alcoaça merodeaba por la corte romana en espera de obtener en encomienda la abadía de Junias, en pago de sus servicios a la Iglesia. Para impedir esos propósitos se precisaba cierta documentación que él detalló a los monjes. Los de Osera, sin la menor sospecha, le facilitaron cuanto pedía. Una vez llegados los documentos a su poder, fray Lorenzo de Vera se presentó a Clemente VIII y solicitó para él la abadía de Junias.

Cuando todo estuvo en regla, a medida de sus deseos, volvió a escribir a Osera urgiendo a los monjes que cuanto antes fray Lope de Guerra u otro monje competente fuera a tomar posesión de Junias, antes de que se adelantase ningún intruso. Siguieron al pie de la letra sus instrucciones, pues ni remotamente podían sospechar el astuto proceder del procurador, y como afirma el historiador aludido, «nos vino a hacer procuradores y agentes suyos contra nosotros mismos».

Acto seguido se personó fray Lorenzo de Vera en Braga, presentó la documentación en regla al prelado, impetró para sí la abadía, y aún se hizo bendecir como abad de la misma. Conseguido esto, colocó espías por las inmediaciones de la casa, para obtener información detallada de todos los pasos que se estaban dando en Junias. Bien pronto supo que se había ausentado de allí fray Martín de Salinas —abad puesto por Osera—, y entonces juzgó ocasión propicia para entrar en ella. La encontró casi sola, y se introdujo en ella, instalándose en ella con todo el personal que le seguía. Al volver el monje que hacía las veces de párroco y había salido a prestar servicios a la comarca, «pasmóse viendo apoderado del monasterio un monje injerto en obispo (y era persona bizarra) con muceta y bonete». El superior intruso le preguntó qué buscaba allí. Al punto se dio cuenta de todo y quiso marcharse, pero Lorenzo de Vera se lo impidió y «con toda cortesía le hospedó aquella noche y a la mañana siguiente les despachó a Osera con las nuevas».

El chasco de los monjes no es para descrito. Aquí comenzó un largo proceso judicial que duraría varios años, primero ante el poder

civil, luego ante la curia de Orense, ante el juez conservador, ante el nuncio... «En todas partes (rara introducción y maña de hombre) tenía favores, agentes y dineros y estando sin menearse en su Junias, desde allí daba en qué entender a todo el poder de Osera».

Aún tuvo el cinismo de recurrir a Felipe III solicitando su apoyo para mantenerse en posesión de la abadía hasta su muerte, y en un principio se le escuchó, mas habiéndose descubierto toda la falsedad, la justicia dio cuenta de él y le hizo pagar su merecido. «Finalmente, fray Bernardino de Sandoval le trajo preso el último año de su trienio, y ésa fue la principal sentencia y el fin del pleito en que nos hizo gastar, en el discurso de doce años, muchos ducados».

Ni aun en la prisión estaba quieto. Se valía de mil medios para lograr restituirse otra vez a la sede usurpada. Los monjes se declararon impotentes y para verse libres de él le delataron a la Congregación, la cual hizo que se le remitiera preso a Madrid, bien custodiado, y allí «todavía se tuvo atención a las canas y aspecto venerable y al talento grande y capacidad del hombre, mayormente cuando él, ya reconocido, más que justicia solicitaba misericordia».

El único castigo impuesto fue despojarle de la dignidad abacial y remitirle a su monasterio de profesión, Valparaíso, «donde gozase de ciertas exenciones de coro. Santamente oí decir siempre que había acabado allí la vida». Aun para esto tuvo astucia este hombre, como el buen ladrón.

Entre las obras memorables de fray Bernardino de Sandocal, además de la referida, figura el haber levantado el presbiterio para darle más visibilidad a los espectadores y la construcción del tabernáculo o retablo mayor, obra hermosa que inmortalizaría su nombre.

Según el padre Peralta, al finalizar su abadía, a pesar de que vivió muchos años, no ocupó puesto alguno de consideración, «acaso porque se verifique siempre cuán peligroso es subir de golpe, empezando por donde otros acaban».

BIBLIOGRAFIA.—Fr. TOMÁS DE PERALTA: *Historia de Osera*, Madrid, 1677, c. 25.

FRAY LORENZO DE ZAMORA

Ocaña fue la patria feliz de este egregio personaje, una de las figuras más radiantes salidas de los claustros cistercienses en los últimos siglos. No sabemos la fecha exacta de su nacimiento, pero suponemos debió de ser a mediados del siglo xvi, si tenemos en cuenta que recibió el hábito monástico en Santa María de Huerta (Soria) en 1561, de manos del piadoso abad fray Luis de Estrada.

Fray Crisóstomo Henríquez, que vivió varios años bajo la dirección de fray Lorenzo de Zamora, de quien recibió el hábito, nos traza una minuciosa y detallada semblanza, destacando los grandes valores que atesoraba su alma desde el primer momento de entrar en el claustro. Dotado de un ingenio agudo y penetrante, de una memoria feliz y facilidad para los estudios, se entregó de lleno a su formación cultural, haciendo notabilísimos progresos en las ciencias tanto filosóficas como teológicas.

Por los días en que fray Lorenzo recibió su formación cultural y monástica florecía Huerta como uno de los centros más afamados del saber, siendo no pocos los monjes que brillarían en las cátedras de las universidades. Fray Lorenzo no se quedó atrás. Según el parecer de Henríquez, si no igualó, superó a los más afamados maestros.

Lo admirable en él fue que supo compaginar a maravilla la virtud con la ciencia, o sea, los libros no le impedían llevar una vida espiritual intensa; por el contrario, era un auténtico contemplativo y digno de ser propuesto por modelo a los monjes de más virtud.

Se doctoró en Teología por la universidad de Sigüenza, explicando esa misma ciencia en la universidad de Alcalá, y la Filosofía en el colegio de San Clodio, en Galicia. Tanta fue la fama de sabio que dejó en Alcalá, que le ofrecían la cátedra de Sagrada Escritura sin haber hecho oposición a ella, a pesar de los muchos achaques que le aquejaban. Aún llegaron más allá: a permitirle que tuviera un sustituto con tal que leyera los escritos que redactara este afamadísimo maestro. Mas sus enfermedades no le permitieron aceptar tan señalado favor.

«La Religión honró sus muchos méritos con las dignidades y empleos de Abad dos veces de su Monasterio, otras tantas Definidor General, electo visitador de la Congregación y nombrado para el mismo efecto de la de Cataluña por el Señor Don Felipe III, con facultad apostólica, cuya Visita emprendió y concluyó con el mayor acierto.»

Al mismo tiempo que poseía unas excelentes dotes de gobierno y una formación filosófico-teológica propia de un gran sabio, destacaba

aún más si cabe en la oratoria: «Causaba admiración a cuantos le contemplaban y oían, dotado además de una gracia especial para convencer y atraer las multitudes, ya por la gravedad de sus palabras, ya por la virtud que resplandecía en él, de forma que atrajo muchos al camino de la perfección. Con mucha razón se le comparaba con Aristóteles en el saber natural, con Santo Tomás en la ciencia teológica, a San Ambrosio en la Cátedra y a San Gregorio explicando las Escrituras.» Fue el orador más cotizado de su tiempo y se le llamaba para predicar en las mayores solemnidades que se tenían en las grandes capitales.

Su sabiduría unida a la fama de mucha piedad hacían que su nombre sonara en el ambiente como el de aquellos personajes mejor preparados para realizar grandes empresas. Felipe III le confió una delicada misión al nombrarle visitador de los monasterios cistercienses de Cataluña, juntamente con fray Juan Alvaro, abad de Veruela. Tal determinación del rey obedecía a reiteradas instancias de un grupo de monjes de la región catalano-aragonesa que ansiaban erigirse en nueva congregación, con las novedades que ella debería llevar consigo: que los abades debían ser temporales y no perpetuos, que el vicario general para los monasterios de la Corona de Aragón fuese elegido por los abades de dicha congregación y no por el general del Císter, las filiaciones de algunos monasterios perderían la sujeción a la casa madre...

Tales innovaciones se venían practicando ya de hecho en otras congregaciones surgidas en los distintos estados, con notable provecho de almas y mejoramiento de la observancia. El rey veía con muy buenos ojos esta mutación, pues favorecía en gran manera la nacionalización de los monasterios, eximiéndoles de toda autoridad extranjera.

Tanto los abades de Santas Creus y Poblet como la mayoría de los monjes oponíanse a tales proyectos de formar congregación, por ver en ello un perjuicio para ambos monasterios, ya que eran los únicos florecientes y con una vitalidad manifiesta en todos los órdenes, cuando los otros monasterios: Santa Fe (Zaragoza), Valldigna (Valencia), Benifaçá (Castellón de la Plana), Veruela (Zaragoza), Piedra (Zaragoza), Labaix (Lérida), Escarpe (Lérida) y Rueda (Zaragoza), se hallaban decadentes en lo material y con muy pocos monjes. El número de todos juntos ascendía a 198, ocho más que los que reunían los otros dos monasterios catalanes.

El 30 de julio de 1610 presentáronse en Poblet fray Juan Alvaro y fray Lorenzo de Zamora, mas las altas torres y las murallas de la casa se cerraron a ambos visitadores. Únicamente dos monjes, en compañía de un notario, salieron a su encuentro a preguntar qué

deseaban. Les entregaron las letras del nuncio para acreditar su calidad de visitantes; pero respondieron los de dentro que no les constaba tuviesen autoridad para realizar dicha visita. En vano apelaron los visitantes a la virtud de la obediencia y blandieron el palo de la excomunión; no se les permitió la entrada y sólo pidieron un día para deliberar. Accediendo en ello, se retiraron a una granja del monasterio, donde pasaron la noche del 30 de julio.

Nada consiguieron, pues los de Poblet se mantuvieron irreducibles basándose en órdenes que según decían recibieron de Roma. Los visitantes se conformaron con levantar acta de lo ocurrido y regresar por donde habían venido, sin haber puesto los pies en el monasterio.

Seguidamente hubo un incesante forcejeo entre las autoridades civiles y eclesiásticas. La Nunciatura, por no indisponerse con el gobierno, consiguió de Roma autorización para que ambos visitantes pudieran ejercer sus funciones en ambos monasterios catalanes. A pesar de la oposición, al fin tuvieron que ceder los de Poblet y Santa Creus, admitiendo a fray Juan Alvaro y fray Lorenzo de Zamora. A Santas Creus llegaron el 26 de octubre de 1611, y parece que se les recibió con gran cortesía y afecto. No parece que encontraran allí nada grave que corregir, y la única cosa importante que se buscaba era que el monasterio entrara a tomar parte de la nueva congregación que se pretendía crear en la corona de Aragón.

También en Poblet se llevó a cabo la visita por ambos monjes comisionados, aproximadamente en las mismas fechas. También encontraron la comunidad en orden, y la carta de visita sólo refleja prescripciones piadosas de cumplimiento: construir una capilla en honor de san Bernardo, fomentar el culto al beato fray Marginet... y cosas por el estilo. El fin que se pretendía era inclinar los ánimos a la creación de una congregación religiosa que independizara a los monjes españoles de la jurisdicción del Cister; al menos eso pretendía el monarca al comisionar a los dos monjes de Veruela y Huerta para tan delicada misión.

Fray Lorenzo de Zamora dio pruebas de un gran acierto en este cometido, fue el último gran servicio prestado a la Orden, por la cual se sacrificó toda la vida. Cuando sus hermanos de Huerta le eligieron abad por segunda vez, en 1611, no quiso aceptar, por hallarse desarrollando su delicada misión en las casas de Cataluña. Al regresar de allí, de nuevo volvió a la cátedra de Alcalá; pero muy poco tiempo podría trabajar ya, por haberle arrebatado la muerte en 1614.

Manrique sintetiza en dos frases geniales la grandeza de este hombre al llamarle *Magnus ubique, ubique venerandus*. Creemos que

no son exageradas y que no es posible encontrar elogio más auténtico ni más breve. Le dieron sepultura en la iglesia del colegio de Alcalá, al lado de otro gran hombre, fray Cipriano de Huerga, llamado por algunos escritores Fénix de España. Sobre su tumba se colocó este epitafio:

P. M. Fr. Laurentius Zamora
Sermonis splendor conscripta volumina dicunt.
Non latuit modio, qui latet hoc tumulo.
Obiit anno 1614.

La producción literaria de este monje toledano fue asombrosa y estimadísimas sus obras, quizá más en el extranjero que en España, donde se repitieron las ediciones de algunas hasta diez veces. He aquí las principales:

1. *La Saguntina*, Alcalá, 1587, 242 págs., Madrid, 1607, 244 páginas más 8 h. Manrique no duda en compararle con *La Araucana* de Ercilla a pesar de que nuestro autor la escribió cuando contaba sólo de dieciocho a veinte años, lo que supone un ingenio fuera de lo corriente, máxime si tenemos en cuenta que debía destinar al menos seis horas diarias para llenar otros estudios. Fue muy buscada y estimada. Advierte el autor que procuró ceñirse a la verdad histórica, aunque de vez en cuando recurra a alguna ficción para amenizar el relato. Por esta causa pertenece más bien al género caballeresco que al histórico. Se imprimió sin nombre del autor.

2. *Apología por las letras humanas*, Valencia, 1064; Madrid, 1614.

3. *Monarquía mística de la Iglesia, hecha en Hieroglíficos sacados de humanas y divinas letras*. Va dividida en siete partes:

- a) *Trátase de la cabeza visible de la Iglesia*, los atributos suyos, el misterio de la inefable Trinidad; la visible y sus perfecciones, Madrid, 1594 y 1604. Palau cita la primera edic. en Alcalá, 1589.
- b) *De la miserable ruina de la naturaleza humana y de los daños en que por el pecado incurrimos y bienes que perdimos*, Alcalá, 1603; Madrid, 1611.
- c) *De las alabanzas y prerrogativas de N. Señora*, Madrid, 1614; Barcelona, 1614; Venetiis, 1629. Traducidas al latín. Como la materia es muy larga, porque habla también de Cristo, la divide el autor en dos partes, resultando así ocho partes de toda la obra.

- d) *De los medios que dexó Dios para la conservación de la armonía*, con todas las cosas que a las materias de Sacramentos se refieren. Desconócese la edición.
- e) *Los estados, oficios y dignidades, excelencias y obligaciones*.
- f) *De las personas eminentes que en ella ha habido*: apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, que por el discurso del año nuestra madre la Iglesia celebra, declarando a este propósito los evangelios que se cantan en sus días. Valencia, 1606; Madrid, 1609; Barcelona, 1612.
- g) *De las armas defensivas y ofensivas* que dejó Cristo a su Iglesia, Madrid, 1609. Traducida al francés ese mismo año en París, y al italiano en Venecia, por Pedro Fosoriano en 1619. Es de notar el error de algunos escritores que ponen esta traducción en 1563, mucho antes de haber sido escrita.
4. *Discursos sobre los misterios que en la Cuaresma se celebran*, Valencia, 1604; Barcelona, 1607, con 727 págs. Hay otras ediciones en Alcalá, Lisboa, etc.
5. *Santoral*, 3 tomos, Barcelona, 1610; Madrid, 1612. Traducida al italiano en Venecia, 1615-1621.
6. *Libro de la huida a Egipto de N. Señora*, Alcalá, 1609 y 1614. Traducida en Venecia al italiano en 1613.
7. *Sermón practicado en las honras del P. Lorca*, bajo el tema: «*Eminebat super omnem populum ab humero et sursum*». Según Manrique, con este discurso se ganó los aplausos de toda la multitud por su arrebatadora elocuencia.
8. *Commentaria in Ps. 47 et 86*. Según algún escritor, fueron editados.
9. *Explanatio in Cantica Canticorum, ms.* Obra que quedó incompleta por haberle sorprendido la muerte cuando lo estaba escribiendo. Un autor de nuestros días considera esta obra como el tratado «menos afectivista y más erudito de cuantos se escriben fuera y dentro del Císter en esta centuria».

En la sala capitular de Santa María de Huerta todos podemos admirar hoy un cuadro de la época que representa a fray Lorenzo de Zamora sentado ante una mesa, envuelto en la nivea cogulla, con la mano izquierda sobre el manuscrito y la derecha sosteniendo y mojando la pluma en el tintero. Le sirve de fondo una gran estantería repleta de pergaminos, sin duda alusiva a los muchos que él escribió.

En una esquina se lee esta inscripción hagiográfica: MAGISTER

FR. LAURENTIUS DE ZAMORA, ABBAS HORTENSIS, SACRO-
RUM BIBLIORUM APUD COMPLUTENSES INTERPRES: QUAM
TAMEN CATHEDRAM ULTRO SIBI OBLATAM MODESTE RE-
CUSAVIT. UT NOVIS IN DIES OPERIBUS VULGANDIS VACA-
RET LIBERIOR.

BIBLIOGRAFIA.—A. MANRIQUE: *Anales cistercienses*, IV, págs. 677-678, núme-
ros 1 y 4, 680, 9; 681, 14; 686, 8, etc.

HENRÍQUEZ: *Phenix reviviscens*, Brusellae, 1626, 400-406.

R. MUÑOZ: *Biblioteca cisterciense española*, Burgos, 1793, 360-362.

M. MONTALVO: *Primera parte de la Crónica de San Bernardo*, Madrid, 1602,
307.

NICOLÁS ANTONIO: *Biblioteca Nova*, II, 11-12.

E. DE AGUILERA Y GAMBOA (marqués de Cerralbo): *Discursos leídos ante la Real
Academia de la Historia*, Madrid, 1908, 232-33 y 309-310.

J. FINESTRES: *Historia de Poblet*, edit. Orbis, t. III, 255-256; IV, 214.

E. MARTÍN: *Los Bernardos españoles*, Palencia, 1953, 50, 54, 60.

B. MENDOZA: *Synopsis monasteriorum*, manuscrito de la Biblioteca de San Isi-
dro, de Dueñas, 95-96.

MASOLIVER: *Origen y primeros años de la Congregación de Aragón*, Poblet,
1973, 231, not. 3. (Véase índice de la obra, pág. 537.) «*Rev. Cistercium*», II
(1950), 193-196; XIII (1961), 31; III (1951), 71; XIV (1962), 288-289, 300-301,
317-321.

FRAY LUIZ PERRUCA

Hay divergencia sobre el lugar donde nació este ilustre monje del Císter, pues mientras al código 15-B del A. H. N. de Madrid lo hace descender de Estremeras (Madrid), el padre Tomás de Peralta, principal historiador de Osera y contemporáneo suyo, lo hace originario de Lugar Nuevo, hoy San Martín de Montalbán, en la provincia de Toledo. Su nacimiento acaeció en 1633, habiendo ingresado en el monasterio cisterciense de Osera (Orense), donde llegó a ser uno de sus hijos más preclaros. Después de una carrera brillante y de una formación científica sólida en los colegios de la Orden, bien pronto empezó a dar frutos, sirviéndola en aquellos cargos de responsabilidad que impone la vida monástica.

Fue nombrado maestro de estudiantes en el colegio de Salamanca y profesor de filosofía en el de Meira. A los treinta y cinco años se veía elegido para la dignidad abacial de su propia casa, Osera, una de las abadías más importantes que tenía la Congregación. Era el

año 1668, cuando estaba la casa en período de ampliación y consolidación de los edificios. Prosiguió con incansable afán las obras, adquirió no pocos objetos para la sacristía, defendió los derechos del monasterio y, sobre todo, entabló un pleito criminal para castigar un hecho bajo y rastrero de un sujeto que en el priorato de Marín arrojó «una granada de fuego al cuarto del Prior con que quisieron quemar Religioso y casa». En la limosna fue espléndido, llegando a dar la cantidad, respetable para aquellos tiempos, de once mil reales. Respecto a atender a los enfermos, dicese que fue más liberal que ninguno de sus antecesores, hasta el punto de considerarle más que caritativo, pródigo, por la abundancia y variedad con que les surtía.

Al finalizar su abadía en 1671, le dieron el título de maestro y le propusieron ser confesor de monjas, que rehusó, yéndose a ser regente del colegio de Meira. En 1686, de nuevo se vio elevado al gobierno de Osera, prosiguiendo su labor restauradora y benéfica en favor de sus monjes. La crónica se contenta con decir esta breve sentencia: «Gobernó su Abadía con la Paz que siempre. Al finalizar en 1689, le hicieron definidor de la Congregación. Pasados los tres años, otra vez volvió a regir Osera por tercera vez hasta 1695, siendo su labor más destacada en este trienio la construcción del artesonado «de la librería nueva, el coro bajo, pintó la capilla mayor y girola, hizo los retablos de Nuestra Señora y Santiago y los cuadros del claustro regular, en cuyas obras y otros muchos reparos de Lglesia, sacristía y más de la casa gastó 115.623 reales.»

Hasta 1971 se conservó en el fondo de la capilla mayor una inscripción en que recordaba la memoria de este abad, así como la fecha en que fueron colocadas las pinturas, hoy día desaparecidas en su mayor parte.

Al finalizar el trienio le hicieron predicador general de la Orden, y al finalizar el trienio, otra vez le vemos ascender a la sede abacial de Osera por cuarta y última vez. Su buen carácter, la prudencia de que rodeaba sus actos y el don de gentes que le distinguía hacía que los monjes solicitaran una y otra vez su gobierno, en esta época en que se prohibían por las constituciones estar más de un trienio seguido al frente de las comunidades.

La labor más principal de este tiempo se centró en la composición de «las fuentes de la Portería, vergel y cocina, y se añadió la que sirue a la Sacristía, encañándolas de nuevo. Cerróse el claustro bajo regular de ventanas y vidrieras y se hizieron los asientos de la lección de Claustro, en las cuales obras, Sacristía, y otros reparos de la cassa gastó 63.121 reales».

Hasta el último aliento de su vida se sacrificó por el bien de sus hermanos. «Duróle la vida lo que le duró la Abbadía que fue hasta



el día 9 de mayo de 1701. Y murió en este Mon.^o adonde fue enterrado con la honrra deuida a Padre que tan repetidas veces lo había sido de él.»

BIBLIOGRAFIA.—Fr. TOMÁS DE PERALTA: *Fundación, antigüedad y progresos del monasterio de Osera*, Madrid, 1677, pág. 2, cap. 47, manuscrito-códice 15-8 del Archivo Histórico Nacional de Madrid 59v-60.